

ellas, había olvidado el objeto que le trajera allí. Al fin sintió que era preciso deshacer aquel encanto. ¿No era una pagana y una falsa profetisa? Oyó en sus últimas frases algo que le prestaba materia para el ataque; y parte por la indignación que había excitado en él la blasfemia, parte por forzar su naturaleza á entrar en acción, salió de su estupor y habló.

Levantose un grito general.

—¡Afuera con el fraile! ¡Arrojad al rústico por la ventana! esclamaron una docena de jóvenes. Algunos de los más valientes empezaron á trepar por los bancos para dirigirse contra él; y Filemon estaba felicitándose interiormente al ver tan próximo su glorioso martirio, cuando la serena y argentina voz de Hipatia apaciguó aquel tumulto en un momento.

—Dejad al jóven que oiga, señores. Es un fraile y un plebeyo, y no alcanza más; le han enseñado así. Dejadle tomar asiento tranquilamente, y quizá podamos enseñarle de otra manera.

Y sin interrumpir, ni aun por una mudanza de tono, el hilo de su discurso, prosiguió diciendo:

“Oid ahora un pasaje del sexto libro de la *Iliada*, en el cual la última noche me ha parecido ver vislumbres de algun poderoso misterio. Lo conocéis perfectamente, y sin embargo, os lo voy á leer; pues el sonido y la pompa de tan alta poesía predispondrá nuestras almas para recibir mejor la ideas de una sabiduría sublime. Abamnon, el maestro, dice muy bien que el alma era en un principio armonía y ritmo, y antes de entregarse al cuerpo había escuchado la armonía divina. Por eso, cuando despues de unida al cuerpo, oye aquellas melodías que se asemejan más á la armonía divina, las aeoge con júbilo, recuerda por su medio esta armonía, se siente impelida hácia ella, en ella encuentra su refugio, y de ella participa tanto como le es posible.”

En seguida hirió los oídos de Filemon, por la primera vez, el poderoso y rotundo verso homérico:

Así habló la celosa despensera;
Y Héctor, que presuroso de su alcázar
Salía por volverse, por el mismo
Camino que viniera, recorría
Las anchurosas calles. Y la inmensa

Ciudad atravesando, ya llegaba
Junto á la puerta Escea que salida
Daba á la gran llanura; cuando triste
A encontrarle corrió su tierna esposa;
Andrómaca, nacida del valiente
Etron, de Cilicia soberano,
Que en Teba, capital de la selvosa
Hipoplacia, habitó cuando vivia.
Hija de este gran rey, y con riqueza
Mucha dotada, la feliz esposa
Era Andrómaca de Héctor; y á encontrar.
Entonces vino acompoñada solo (le
De la nodriza, que arrimado al seno
Á Astianaete llevaba. Era este niño
De Héctor única prole, y parecía
Un lucero, y su padre le pusiera
El nombre de Escamandrio; pero todos
Los Téucros Astianaete le llamaban,
Porque Héctor era el baluarte firme
Que á Ilion defendia. Cuando el héroe
Al niño vió, se sonrió en silencio;
Y Andrómaca, acercándose afligida,
Lágrimas derramaba. Y al esposo
Asiendo de la mano, y por su nombre
Llamándole, decia acongojada:
“¡Infeliz! tu valor ha de perderte:
Ni tienes compasion del tierno infante,
Ni de esta desgraciada que muy pronto
En viudez quedará; porque los griegos,

Cargando todos sobre tí, la vida
Fieros te quitarán. Más me valiera
Descender á la tumba, que privada
De tí quedar; que si á morir llegases,
No habria para mí ningun consuelo,
Sino llanto y dolor. Ya no me quedan
Tierno padre ni madre cariñosa.
Mató al primero el furibundo Aquiles,
Mas no le despojó de la armadura,
Aun saqueando á Teba; que á los dioses
Temia hacerse odioso. Y el cadáver
Con las armas quemando, á sus cenizas
Una tumba erigió; y en torno de ella
Las ninfas que de Júpiter nacieron,
Los Oréades, á lamos plantaron.
Mis siete hermanos en el mismo dia
Bajaron todos al averno oscuro;
Que á todos de la vida despiadado
Aquiles despojó, mientras estaban
Guardando los rebaños numerosos
De bueyes y de ovejas. A mi madre,
La que antes imperaba poderosa
En la rica Hipoplacia, prisionera
Aquí trajo tambien con sus tesoros,
Y admitido el magnífico rescate
La dejó en libertad; pero, llegada
Al palacio que fuera de su esposo,
La hirió Diana con suave flecha.
Héctor! tú solo ya de tierno padre,

Y de madre me sirves y de hermano,
Y eres mi dulce esposo. Compadece.
A esta infeliz, la torre no abandones:
Y en orfandad no dejes á este niño
Y viuda á tu muger. En la colina
De silvestres higueras coronada
Nuestra gente reunen; que es el lado
Por donde facilmente el enemigo
Penetrar puede en la ciudad, y el muro
Escalar de Ilion. Hasta tres veces
Por esa parte acometer tentaron
Los mas ardidos de la suerte aquea.
Los Ayaces, el rey Idomeneo,
Los dos Atridas y el feroz Diomédes;
O ya que un adivino este paraje
Les hubiese mostrado, ó que secreto
Impulso los hubiese conducido.”

Respondió el héroe á su afligida espo-
“Nada de cuanto dices se me oculta; (sa:
Pero temo tambien lo que dirian
Cóntra mí los troyanos y troyanas
Si cual cobarde de la lid huyera.
Ni lo permite mi valor, que siempre
Intrépido ha sabido presentarme
En la liza, y al frente de los Téucros
Pelear animoso por la gloria
De mi padre y la mia. Bien conozco,
Y el corazon y el alma lo presienten,
Que ha de llegar el dia en que asolado

Será el fuerte Ilion, y en que perezcan
Priamo y su nacion tan poderosa.
Pero no tanto la comun ruina
Que á los demas troyanos amenaza,
Ni de Hércules la suerte y de mi padre
El rey Priamo siento y mis hermanos,
Que muchos valientes por la diestra
De nuestros enemigos en el polvo
Derribados serán, como la titya:
Que alguno de los principes aqueos
Dejándote la vida, por esclava
A Argos te llevará, bañada en lloro.
Y allí, de una extrangera desdeñosa
Obediente á la voz, á pesar tuyo
Y á la necesidad cediendo dura,
La tela tejerás, é irás por agua
A la fuente Meseida ó Hiperea.
Y cuando vayas, los Argivos todos
Que te vean pasar triste y llorosa,
El uno al otro se dirán alegres:
—Esa es la viuda de Héctor el famoso
Campeón, que de todos los troyanos (ro
Era el mas fuerte, cuando en torno al mu-
De Ilion con los griegos peleaban.—
Así alguno dirá, y al escucharle
Nuevo dolor affigirá tu pecho,
Y mucho entonces sentirás la falta
De tú Héctor, el solo que podría
De esclavitud sacarte si viviese.

La tierra amontonada mi cadáver
Antes oculte, que llevarte vea
Por esclava, y escuche tus gemidos.”
Así decia, y alargó la mano
Para tomar en brazos al infante;
Pero, asustado el niño, sobre el pecho
De la nodriza se arrojó gritando.
Porque al ver la armadura refulgente
Y la crin de cabello que terrible
Sobre la alta cimera tremolaba,
Se llenó de pavor. Su tierno padre
Y su madre amorosa se reian,
Y el héroe se quitó de la cabeza
El casco reluciente, y en el suelo
Poniéndole, en sus brazos al infante
Tomó y le acarició. Y el dulce beso
Imprimiendo en su cándida megilla,
Esta plegaria al soberano Jove
Dirigió y á los otros inmortales:
“¡Padre Jove! ¡Y vosotras, bienhadadas
Deidades del Olimpo! Concededme
Que mi hijo llegue á ser tan esforzado
Como yo, y á los Téucros aventaje
En pujanza y valor, y que algun día,
Sobre Ilion impere poderoso;
Y que al verle volver de las batallas,
Trayendo por despojo en sangre tinto
El arnés de un guerrero, á quien la vida
El mismo haya quitado, diga alguno:

—Este es mas valeroso que su padre.
Y Andrómaca se alegre al escucharlo.”

Así dijo, y en manos de su esposa
Al niño puso, y la doliente madre,
Mezclando con sus lágrimas la risa,
Le recibiera en el fragante seno (1).

“Tal es el mito. ¿Imagináis que en él quisiese Homero presentar á la admiración de los siglos lugares comunes como el brutal afecto de una madre y los terrores de un niño? Séale permitido al filósofo, con su conocimiento mas profundo, sin que se le tache de visionario, ver al través de los anteriores versos algun misterio mas hondo.

“El alma escogida, por ejemplo.... ¿Su nombre no es Astianacte, rey de la ciudad, guía y señor de todo lo que le rodea, por el simple hecho de su parentesco etéreo, aunque no lo sabe? Niña aún, descansa en el fragante seno de su madre la Naturaleza, nodriza y enemiga, sin embargo, del hombre; Andrómaca, como el poeta la llama perfectamente, porque combate, cuando crece y llega al estado de hombre, con el mismo á

(1) Traducción de Hermsalla.

quien alimentó en la infancia. Es hermosa, pero imprudente; pues nos trata, según la costumbre de las madres, con una indulgencia que raya en debilidad; y temiendo que salgamos en busca de las grandes realidades de la especulación, no sea que la olvidemos por la gloria, desearia que pasásemos la juventud en el harem, y que jugásemos eternamente sobre sus rodillas. Y el alma escogida, ¿no tiene también un padre á quien no conoce? Héctor, que está afuera—independiente de la Naturaleza, de la cual, no obstante, es marido,—el Alma plástica, que lo invade todo, que forma, que organiza, á quien los hombres llaman Zeus el legislador, Æster el fuego, Osiris el dispensador de la vida; á quien el poeta nos presenta como el defensor de la ciudad mítica, de la armonía, del orden, de la belleza en todo el universo? Aparte está su abuelo..... Priamo, la existencia primera, padre de muchos hijos, la Razon absoluta; invisible, tremendo, inmóvil en su distante gloria; y sin embargo, sometido á esa unidad sin fondo que Homero llama Nada. El Origen de todo lo que existe, y no obstante,

Nada en Sí mismo, inefable, sin predicado.

“Desde El y por El el alma universal penetra en todo lo criado, para cumplir las órdenes de aquella razón, de la cual sale y se derrama, á su pesar, en la multitud de las apariencias materiales, combatiendo las fueras brutas de la grosera materia, destruyendo todo lo que es impuro y no armoniza con ella, y estrechando contra su seno la belleza y todo aquello en que ve su reflejo; imprimiendo en esta su sello y reproduciendo su semejanza, sea estrella, demonio ó alma del elegido; y sin embargo, como el poeta insinúa en su antropomórfico lenguaje, asediada entretanto por cierta tristeza, oprimida en medio de todas sus tareas por el sentimiento de la fatalidad, por la idea de esa Unidad Primera, de quien el alma ha emanado en un principio, de quien ella y su padre la Razon se separaron, cuando se atrevieron á pensar y obrar, sosteniendo que eran libres.

“En este tiempo, ¡ay! Héctor, el padre, combate, mientras sus hijos duermen y se crían; ha marchado á la guerra y ellos no le conocen; no conocen, no

saben que ellos, los individuos, no son mas que porciones de él, el universal. No obstante, de vez en cuando (¡benditos tres veces aquellos que deben a su parentesco celestial el que tales momentos formen parte de sus destinos!) de vez en cuando brilla en el alma humana la intuición del inesplicable secreto. En la estrellada gloria de una noche de verano; en el rugido de un caudaloso Nilo, que lleva la fertilidad en sus olas; en los pavorosos abismos de la bóveda del templo; en las salvajes melodías de los antiguos cantores Orficos; ó ante las imágenes de aquellos dioses, de cuya perfecta hermosura los divinos teosofistas de Grecia tomaron una pasajera sombra, y con el repentino poder del éxtasis artístico la sumergieron, como haría la vara de un encantador, en un eterno sueño de blanca piedra; en medio de todos esos objetos se refleja sobre la luz interior del espíritu, la visión, hermosa y terrible, de una fuerza, una energía, un alma, una idea, única, y sin embargo, múltiple; que pasa al través de las cosas criadas, como el viento al través de las cuerdas de la lira, sacando de ellas una armonía cele-

te; sangre vital que recorre el millon de venas del universo, y que brota de un gran corazón invisible, cuyas atronadoras pulsaciones oye á lo lejos el espíritu, latiendo eternamente en la honda soledad, mas allá de los cielos y de las vías lacteas, mas allá de los espacios y de los tiempos, que no son en sí mismos sino venas y canales de un mar que todo lo fecunda.

“¡Felices una y mil veces los que se han atrevido, aun faltándoles el aliento, cegados por las lágrimas de una temible alegría, y cayendo de rodillas en el mayor desamparo, al sentirse á modo de hojas secas en el torbellino que barre el universo; felices, digo, los que se han atrevido á mirar, aunque fuese un solo instante, el terror de tan glorioso espectáculo; y que, como el niño Astianacte, no se han asido trémulos del cuello de la madre Naturaleza, asustados por el esplendor de las armas de Hector y por el brillo de su cimera! ¡Felices una y mil veces, aun cuando sus pupilas, quemadas por el exceso de luz, se reduzcan á cenizas en sus concavidades! . . . ¡No sería un noble fin haber visto á Zeus, y morir como Semele,

abrasada por su gloria? ¡Felices una y mil veces! aunque sus entendimientos vacilen á impulso de la divina embriaguez, y los cerdos de Circe los llamen en adelante locos y entusiastas. En efecto, son entusiastas, porque la Divinidad está en ellos, y ellos en la Divinidad. Con el tiempo, esta carga de individualismo se desvanece, y reconociéndose como porciones del Alma universal, se elevan, al través y mas allá de la Razon de que el alma procede, hasta la fuente de todo, la inefable y Suprema Unidad, y en viéndola, se convierten por este acto en partes de su esencia. Ellos no hablan mas, pero Ella habla en ellos; y todo su ser, en virtud de la gloriosa luz solar cuyos rayos se han atrevido, como el águila, á mirar sin débil temblor, se transforma en armonioso vehículo de las palabras de la Divinidad, y pasivo en sí mismo, profiere los secretos de los dioses inmortales. ¡Qué extraño que al mayor número parezcan visionarios? Sea así. ¡Que rian cuanto quieran! Pero no me pidais que os enseñe cosas inespliables, superiores á todas las ciencias; cosa que ni la dialéctica ni la razon han podido alcanzar, que deben ser vistas

únicamente, confesando en seguida la imposibilidad de esplicarlas. Fuera de aquí, ¡oh, tú que no crees en la academia! ¡Fuera de aquí, Cínico, que te burlas de todo! ¡Fuera de aquí, Estóico, que adoras los sentidos é imaginas que el alma recibe su ciencia de esas apariencias materiales que ella misma crea! ¡Fuera de aquí!... Pero no, ¡quedaos y reid, si así os place! Todo se reduce á pasar unos cuantos dias mas en esta carcel de nuestra degradacion, y luego cada cosa volverá á su fuente; la gota de sangre al corazon profundo, el agua al rio, el rio al mar; y la gota de rocío que cayó del cielo, subirá otra vez al cielo, lanzando léjos de sí el polvo que la obligó á bajar con su peso; derretida la nieve que la habia tenido encadenada á la yerba de la tierra; elevándose mas y mas, al través de las estrellas y los soles, al través de los dioses y de los padres de los dioses, creciendo su pureza en las vidas sucesivas hasta entrar en la Nada, que es todo, y hallar por último su morada definitiva....”

Al llegar aquí, Hipatia se detuvo repentinamente; en sus ojos se veian bri-

llar algunas lágrimas, y toda su figura parecía estremecerse y dilatarse, en medio del entusiasmo que la arrebatava. Permaneció un momento inmóvil y mirando con ardor á su auditorio, como si esperase escitar en él algun sentimiento poderoso en relacion con el suyo; en seguida, recobrándose, añadió en tono mas tierno y no exento de cierta tristeza:

“Idos ya, discipulos míos. Hipatia no tiene hoy nada mas que deciros. Idos, y ahorradle á lo menos (pues que al cabo es muger) la vergüenza de conocer que os ha comunicado mas de lo que debia, alzando el velo de Isis delante de personas cuyos ojos no estan aún bastante purificados para ver la gloria de la diosa. ¡Adios!”

Acabó de hablar; y Filemon, en el momento que el encanto de su voz cesó de obrar sobre él, saltó de su asiento y atravesó rápidamente el corredor hasta encontrarse en la calle. . . .

¡Qué hermosa! ¡Qué tranquila y llena de compasion hácia él! ¡Qué entusiasta con todo lo que era noble! ¡No habia hablado ella tambien del mundo invisible, de la esperanza de inmortalidad,

de la conquista del espíritu sobre la carne, justamente como lo hubiera hecho un cristiano? ¿Era tan inmenso el abismo que los separaba? Entonces, ¿por qué las aspiraciones de Hipatia habian despertado en su corazon ecos semejantes á los que solian despertar las oraciones y lecciones de los Lauros? Pareciéndose tanto el fruto, ¿no debia parecerse tambien la raíz? . . . ¿Seria todo aquello una impostura? ¿Seria Hipatia un ministro de Satanás bajo la forma de un ángel de luz? Porque luz era. . . En sus ojos, en sus labios, en sus acciones brillaban la pureza, la sencillez, el valor, el entusiasmo, la ternura. . . ¿Una pagana que no creia! . . . ¿Qué significaba todo esto? . . .

Pero faltábale el golpe final que debia completar la estremada confusión de su espíritu. Porque, aun no habia andado cincuenta varas, cuando su amigo, el de la cesta de fruta, á quien no habia vuelto á ver desde que desapareció bajo los piés de la multitud en la puerta del teatro, le asió del brazo y prorumpió en las siguientes frases, pudiendo apenas respirar de cansado:

—¡Los. . . dioses. . . prodigan sus

favores.... á aquellos que.... que menos los merecen! ¡Temerario é insolente rústico! Y es esta la recompensa de tu locura!

—¡Vete! dijo Filemon, no encontrándose en aquel momento con ánimo de renovar sus relaciones con el porterillo. Pero el encargado de custodiar los quitasoles tenia bien echada la garra á la piel de cordero.

—¡Loco! ¡Hipatia, la misma Hipatia te envia á llamar! ¡Sí, la vas á ver, vas á hablar con ella, mientras que yo.... yo, el iluminado.... yo, el obediente.... yo, el adorador.... que hace tres años me estoy arrastrando en el arroyo á fin de que la orla de su vestido toque la punta de mi dedo mas pequeño.... yo.... yo.... yo....

—¿Qué quieres, loco?

—¡Ella te llama, miserable, insensato! Teon me ha enviado.... á mí, que apenas puedo respirar á causa de la carrera y de la envidia.... ¡Vé, favorito de los injustos dioses!

—¿Quién es Teon?

—¡Su padre, ignorante! El me envia á decirte que vayas á casa de Hipatia.... á su casa.... aquí.... enfrente.... mañana

á las tres.... ¡Oye y obedece!.... Pero están saliendo del Museo y todos los quitasoles van á trocarse. ¡Ay, desdichado de mí!

Y el pobre porterillo retrocedió apresuradamente; mientras que Filemon, flotando entre el temor y el deseo, no cesó de correr en todo el camino que conducia al Serapeo, sin cuidarse de carruajes, de elefantes, ni de las personas que iban á pié; y despues de haber sido derribado en tierra por un insolente portero, y de haber dejado un pedazo de su piel de cordero entre los dientes de un camello furioso, sin tener tiempo para vengar ninguno de estos insultos, llegó á casa del arzobispo, tropezó en la puerta con Pedro, y pidió temblando una audiencia á Cirilo.

CAPITULO XI.

EL ARCO ROTO.

Cirilo oyó la narracion de Filemon, y el mensaje dirigido á éste por Hipatia con tranquila sonrisa, y en seguida des-